

PRÓLOGO

El cuerpo es «ese puente que une al hombre con el mundo» y tiene su propio lenguaje.

Que el ser humano es vulnerable es algo que conoce cualquiera que haya hecho una reflexión intelectualmente honesta sobre su propia vida. A veces, sólo hay que estar un poco cansado o sufrir una pequeña enfermedad para confirmarlo. Otras veces, no ya la ausencia de trabajo sino la simple incertidumbre profesional, nos hace tener miedo al futuro, confirmando una vulnerabilidad psíquica de la que no es fácil sustraerse.

El mérito de éste libro es su capacidad para hacernos pensar, para obligarnos de vez en cuando a cerrarlo y a reflexionar unos instantes.

Todos aquellos que buscan la verdad de las cosas, del hombre y del mundo se alegrarán de tener la oportunidad de leer éste libro que tengo la satisfacción de prologar. El valor de una sociedad se mide en gran medida por la capacidad que tiene para tratar al ser humano más vulnerable. El trabajo de las generaciones venideras, es en gran parte volver a humanizar las relaciones con los demás especialmente en los momentos más delicados y difíciles de la vida. Y recuperar aquellos comportamientos y aquellos valores que reconocen la dignidad de la persona y el respeto que merece, evitando los que nos destruyen y nos hacen especialmente vulnerables.

Este libro tiene, además, la riqueza de un trabajo multidisciplinar, en el que se abordan los temas desde el ámbito de la profesión de cada uno de los autores.

Encuentro especialmente reveladora esa definición del humanismo de que «los ojos del hombre, además de mirar, contemplan, y la base del humanismo no es otra que la contemplación paciente del mundo...» dicho en

la introducción del capítulo primero. Encomiable es, por lo tanto, el esfuerzo intelectual de los autores por conocer la realidad del ser humano en cuanto a tal, y su verdad más profunda.

Precisamente lo contrario es la fantasía del transhumanismo, que en vez de profundizar en esa verdad, intenta abolirla, sustituyéndola por una vida sin fin o una vida técnicamente perfecta, que al ser imposible, sólo generará frustración en los que se empeñen en ella.

Tampoco las políticas de población del siglo XXI son conformes con la naturaleza humana. Los problemas del hombre no se pueden resolver sin contar con el propio hombre. De ahí que muchos estados deciden buscar soluciones a las epidemias mundiales, a los problemas de reproducción o al desplazamiento de los refugiados con fórmulas deshumanizadas y contrarias a la ética.

Recoge éste libro, entre muchos otros, un trabajo de la Profesora Brené Brown que defiende que el sentimiento de vulnerabilidad nos hace auténticamente humanos, y puede ser una fuente de creatividad, coraje, compasión y empatía.

Que la enfermedad es una oportunidad de mejora personal es algo que ha experimentado todo el mundo que, en vez de hacer de su situación un drama, ha intentado aprovecharla para reflexionar sobre su vida, y en la medida de lo posible, ayudar a los demás. Por eso, la visión del cuerpo enfermo y la percepción del ser humano completo, con su parte física, psicoafectiva y espiritual, no sólo nos hacen afrontar mejor la enfermedad sino que aumentan nuestras perspectivas de curación.

Quiero agradecer a los autores éste esfuerzo, que me consta no ha sido fácil. Quiero animarles a seguir investigando y a profundizar, sobre todo en esas actitudes del ser humano que contribuyen a comprender nuestra vulnerabilidad y aquellas que nos hacen más fuertes y valientes.

Y quiero agradecerles su trabajo en favor de la verdad del hombre y su destino.

Micaela Menarguez,
Directora del Master de Bioética
Directora de la Cátedra de Bioética
Universidad Católica de San Antonio de Murcia

Introducción

Con particular fuerza emergen en la sociedad global del siglo XXI el deseo de encontrar respuestas y dar soluciones a la constitutiva vulnerabilidad que acompaña toda existencia humana. El empeño por el progresivo perfeccionamiento, de mejora humana, mediante las tecnologías NBIC (nanotecnología, biotecnología, tecnología de la información, ciencia cognitiva) y su poder de superar las deficiencias y limitaciones biológicas, cognitivas, es visto por algunos, como un refuerzo para preservar y consolidar la naturaleza del hombre, optimizando la salud, avanzar en su desarrollo gracias a la medicina regenerativa o de la robótica. Pero, para otros, ha ido arraigando la idea de sustitución, de trascender las condiciones físicas y fisiológicas del ser humano, tener el poder de rediseñarse a sí mismo y prolongar su existencia. Se dice que estamos en un momento clave de cambio de paradigma, el paso de la liberación de la cadenas biológicas —como afirma R. Kurzweil— y la consagración de la inteligencia artificial. La pregunta no es si hay o no cambio, sino ¿en qué consiste este cambio y cómo puede afectar a la humanidad?

El propósito del presente libro no apunta a un debate con las opiniones contrarias, ni a un intento de solución de las cuestiones identificadas, sino tratar de clarificar algunos de los planteamientos actuales, señalar explicaciones reduccionistas de lo humano, mostrar la existencia de otras razones y caminos que protegen y fundamentan la dignidad inalienable del hombre y de los derechos que le pertenecen. El hilo conductor es la realidad antropológica del hombre, desde la doble perspectiva de la vulnerabilidad ontológica y de la capacidad progresiva de perfección o deterioro, en cuanto personas que obran libremente. Se ofrece un texto con aportaciones relevantes en este campo que suscitan nuevos interrogantes y que nos interpe-

lan a proseguir en la investigación y fomentar el debate sobre asuntos tan nucleares que se inscriben en la experiencia humana.

Los temas son tratados en primer lugar, desde la reflexión inserta en el marco de la antropología y de la bioética, radicada en cuestiones de gran densidad humana, como la fragilidad, la enfermedad, la dependencia y sus implicaciones en la ética del cuidado; la atención sanitaria a las personas enfermas, la relación entre la persona del médico y la persona del paciente, los valores constitutivos de la persona en aquellas situaciones en las que la identidad personal se ve cuestionada y la capacidad para valerse por uno mismo se ve reducida. En segundo lugar, se afrontan diversas propuestas de cambio que contribuyen a una mayor profundización sobre el debate del futuro de la condición humana, del perfeccionamiento exclusivamente centrado en la línea de la evolución biotecnológica y en la aplicación de sofisticados sistemas que deshumanizan .

Este estudio es la continuación de un proyecto de carácter científico e interdisciplinar que se inició hace más de cinco años, y que tuvo su primera contribución con la publicación de un trabajo titulado *El Sentido del vivir en el Morir* editado por M.^a Victoria Roqué (Editorial Aranzadi, 2013). Fruto de esa primera colaboración entre profesores e investigadores procedentes de diferentes países, surge una intensa y continuada colaboración que finalmente se materializa en una nueva propuesta pluridisciplinar acerca de aquellos aspectos que afectan a la práctica de la medicina, de la atención y de los cuidados del cuerpo enfermo, su fragilidad y vulnerabilidad. Este segundo trabajo responde a una investigación coordinada de nuevo por M.^a Victoria Roqué, y a la que se incorpora Joaquín Guerrero quien en actualidad dirige el Observatorio Universitario de la Dependencia (OUDE) de la Universidad de Murcia.

El texto que ahora tiene el lector en sus manos se proyecta en dos grandes apartados, el primero de ellos titulado «El cuerpo y su condición vulnerable», y el segundo, «El cuerpo enfermo». En el primer apartado ahondamos en aspectos Bioéticos de la condición humana y de la corporalidad, particularmente ante el vertiginoso avance en biomedicina que se ha producido en los últimos decenios y que parece haber olvidado ciertas dimensiones esenciales del hombre. Ciertamente, lo humano que hay en el hombre y en relación con los otros hombres hay que cultivarlo para no caer en la indiferencia, y como advierten Lourdes Gordillo y M.^a Victoria Roqué, la bioética, siguiendo los pasos de la tradición humanista, prioriza la palabra como condición para que el hombre y las instituciones humanas en las que vive y trabaja, vuelvan a humanizar esos espacios en los que los hombres se

reencuentran y comparten su condición humana vulnerable. Pero, como señala Antonio Allegra en su capítulo, en los últimos años, la perspectiva posthumanista, el transhumanismo tan en boga, al pretender eliminar los propios límites humanos propone una serie de versiones del cuerpo humano retocable y reprogramado, preterdeterminado hacia una evolución tecnológica ineluctable que superará todos los límites y fragilidades propias y lo conducirán a la inmortalidad. Una fantasía con un alto precio: el engaño de la muerte abolida y el intento de liberalización de la naturaleza humana percibida como intolerable y nefasta. Ante las propuestas teóricas y prácticas sobre el *enhancement*, la mejora del hombre, es preciso comprender la estructura trascendente y proyectiva del ser humano como explica Elena Colombetti y distinguir entre aquellas intervenciones que tratan de aumentar su capacidad o rendimiento terapéuticamente pero que están inscritos en su estructura y forman parte del dinamismo y de las metas a alcanzar. Y la novedad del *enhancement* en sí mismo y evaluar su conveniencia para el hombre, pues a diferencia de la técnica, lo primero es la catalogación de la tecnología en un cuadro simbólico que reinterpreta al mismo hombre. La tecnología se presenta como la vía de realización de lo humano lo que conlleva la pérdida de los confines entre el cuerpo y el instrumento, el cuerpo pasa a ser una mera función, relegado fuera de la identidad humana. Lo segundo que nos hace observar Elena Colombetti en su texto es que la transformación corpórea sea utilizada para aumentar el poder del hombre quedando en evidencia las condiciones internas y externas del acto libre.

Junto con estas contribuciones, podemos destacar también la necesaria incorporación de la reflexión bioética en las políticas de población de muchos países que nos propone Margarita Gonzalvo-Cirac, y la imprescindible presencia de un marco ético que garantice la no instrumentalización de la persona humana, contribuyendo así a dar respuesta a las necesidades de la población vulnerable de la sociedad, como son las personas discapacitadas, los ancianos o los niños. De tal forma, que habría que ayudar a establecer puentes entre la demografía y la bioética.

En la segunda parte de la obra, se profundiza en la vertiente más antropológica del cuerpo, los cuidados y la enfermedad. Existe una estrecha relación entre el cuerpo enfermo y un conocimiento femenino sobre los cuidados, de los que la medicina y sus prácticas de poder se apropiaron completamente generando una disyunción de orden cultural. El cuerpo enfermo y su grado de enfermedad potencialmente configurador de transformaciones en la conducta pasar a ser considerado como clara guía para valorar ciertos tipos de relaciones interpersonales. El cuerpo enfermo tras-

toca nuestro orden, nuestro imaginario de autonomía e independencia y muestra al desnudo nuestro continuo estado de vulnerabilidad, sirviendo así, como ha explicado Beatríz Moncó, de baremo para nosotros mismos y para los otros, al igual que, en cierto modo, sirve de medida de ciudadanía y de humanidad.

Pero este ideal será imposible de alcanzar si los profesionales de la salud siguen confiando únicamente en la tecnociencia. No solamente deben centrarse en el tratamiento de los síntomas de las enfermedades sino también en la conservación y mejora de la salud. Deben convencerse y aplicar en su actividad profesional la idea de que somos más que nuestros genes y nuestro cerebro, base y fundamento de la epigenética molar. Este reconocimiento les permitirá, como afirman Luís Álvarez y Amia Álvarez, abrirse a unas prácticas médicas más integrales en las que se tenga en cuenta la función esencial que desempeñan los hábitos en la configuración de estilos de vida saludables. Por supuesto, es imprescindible la consideración de la Ética en la actividad profesional médica, en el sentido de que ésta, como indica Pablo Requena, debe acercarse al paciente, para cuidarle de la mejor manera posible, construyendo con él una relación de confianza. Es una herramienta imprescindible en el proceso de humanización de la actividad terapéutica y el tratamiento de las enfermedades. Para ello impulsar este giro humanista es imperativo entender que la naturaleza corpórea de la identidad personal trasciende la dimensión biológica de la enfermedad, incluso cuando ésta parece desdibujarla afectando a la memoria o el pensamiento. Como explica Joaquín Guerrero, incluso en enfermedades crónicas y degenerativas como la demencia, perviven intactos elementos narrativos inscritos en la corporeidad, unas veces como sentimientos y emociones, otras como modos de ser y de estar, de presentarnos incluso ante los demás, que nos ayudan a dibujar la cartografía personal, es decir, a responder a la pregunta de quién es ese *otro* que está junto a nosotros, al que queremos cuidar, comprender y sanar.

Las aportaciones hechas por los autores suscitan a su vez nuevos interrogantes que nos interpelan a proseguir en la investigación y fomentar el diálogo sobre asuntos tan nucleares inscritos en la experiencia humana.

María Victoria Roqué Sánchez
Joaquín Guerrero Muñoz